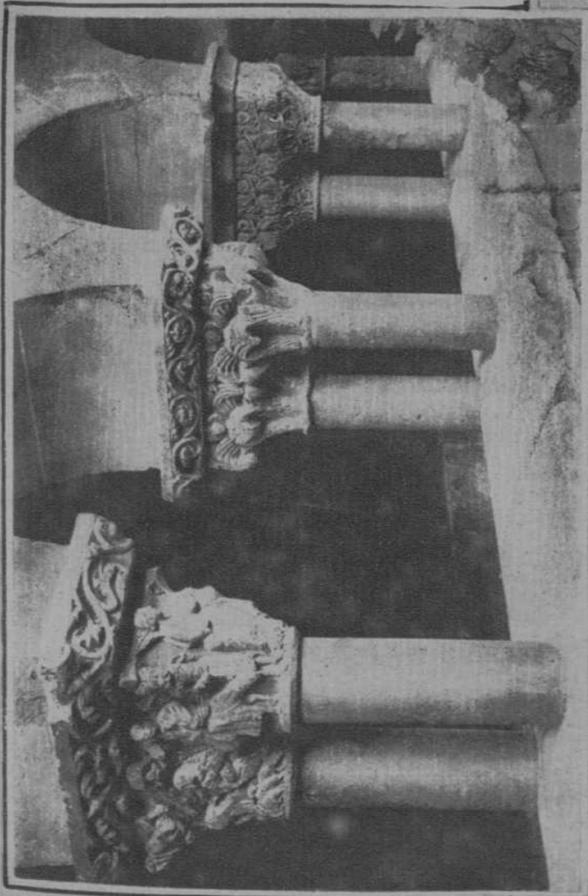
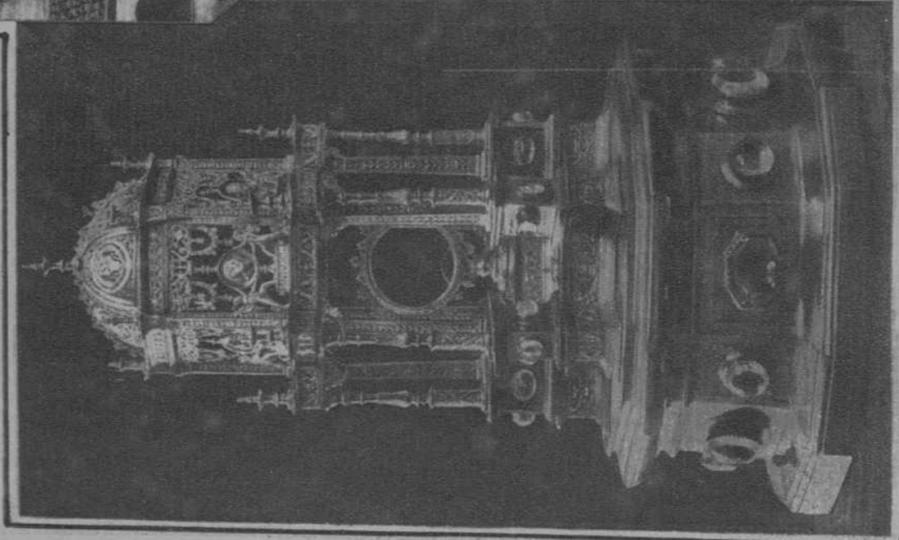


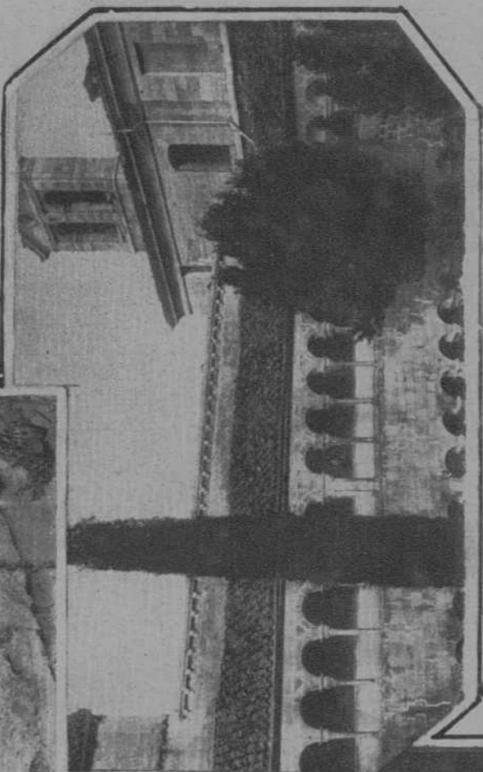
La maravilla de Silos



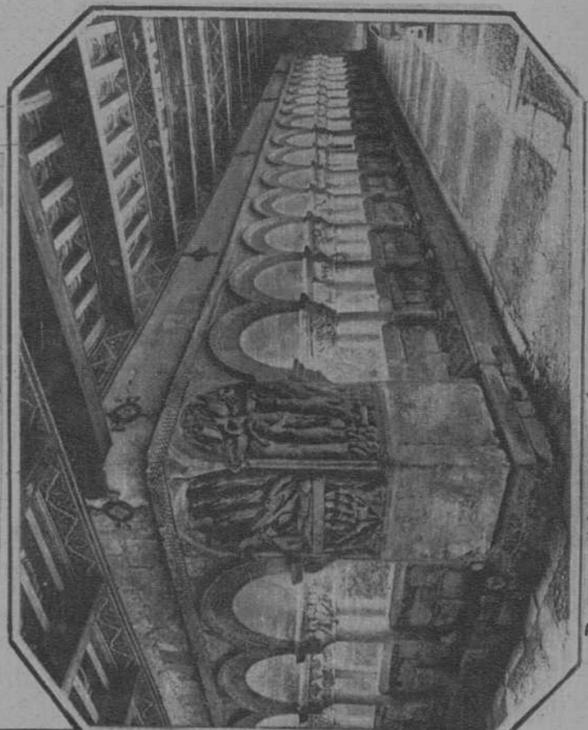
Los bellísimos capiteles



La riquísima Custodia de Silos

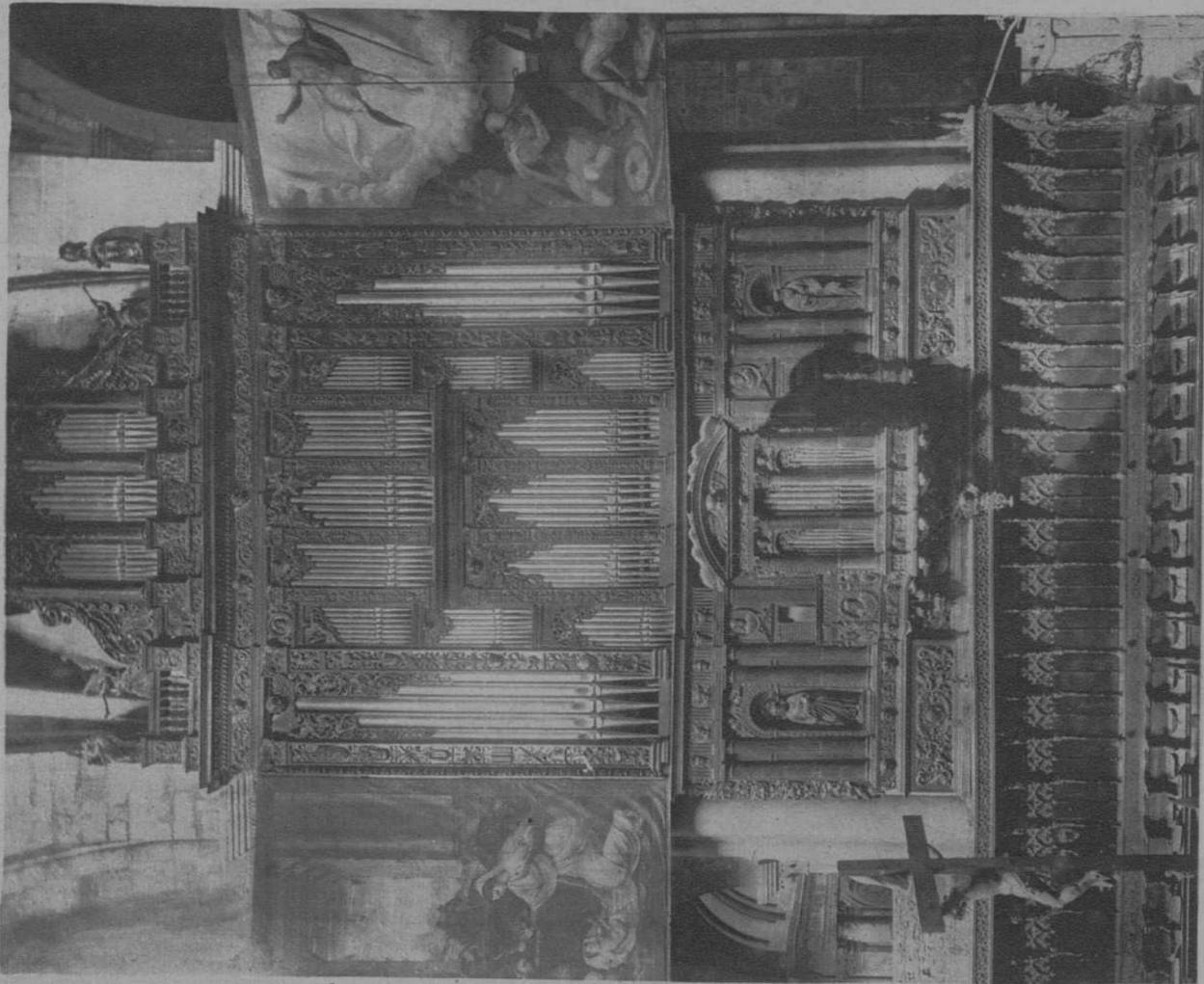


Los viejos claustros románicos de Santo Domingo de Silos



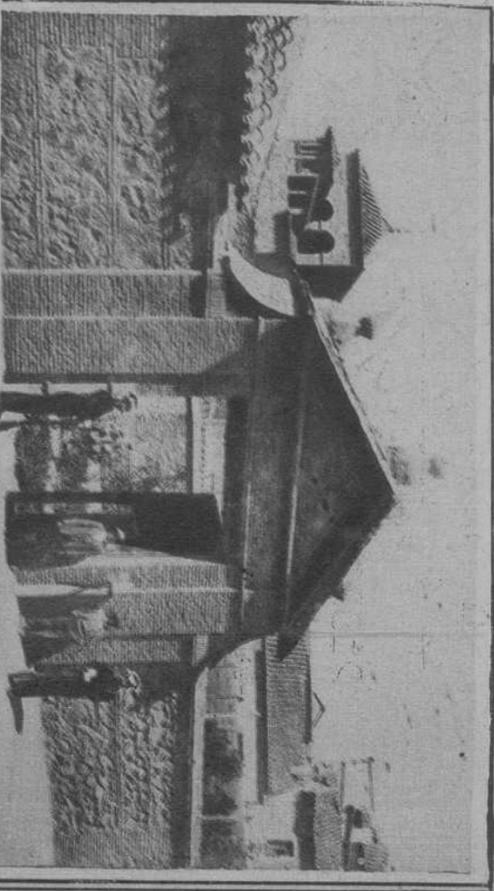
Perspectiva del claustro de la Abadía

NUM. 161
 GANANCIAS EXTRAORDINARIAS DE El Día Gráfico
 MAYO 1929

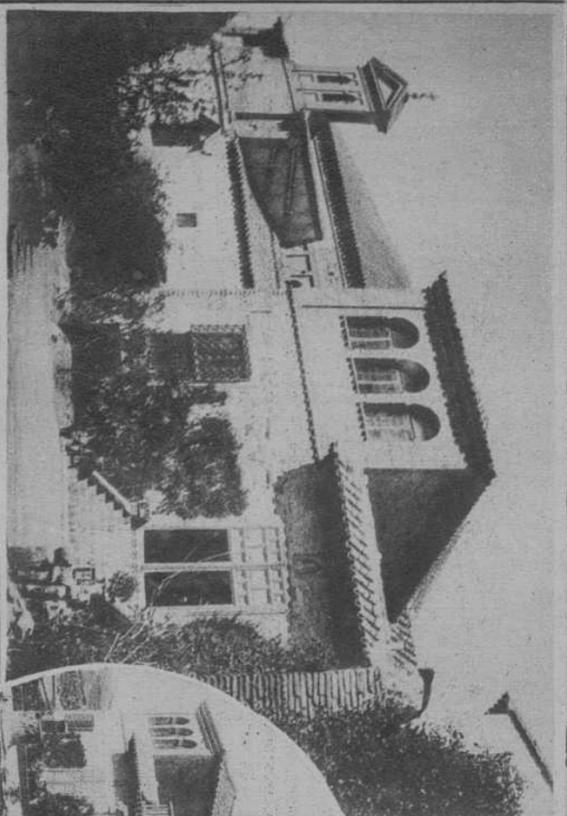


EL NUEVO ORGANO DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA, PROCEDENTE DE "MAR I CEL" Y OFRENDA DE MR. DEERING. (Foto Vallvé)

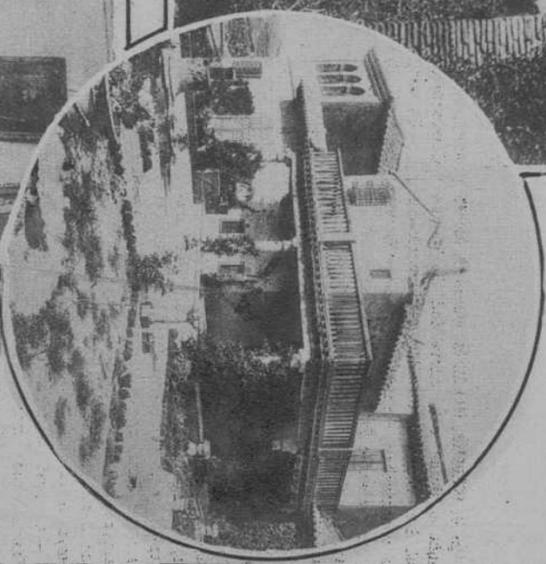
La Casa del Greco en Toledo



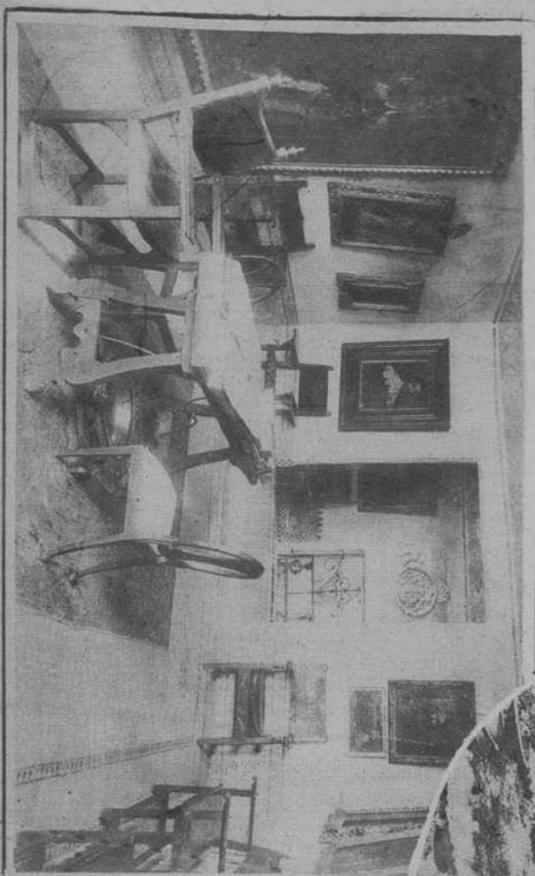
Puerta de entrada



Pachada y jardines



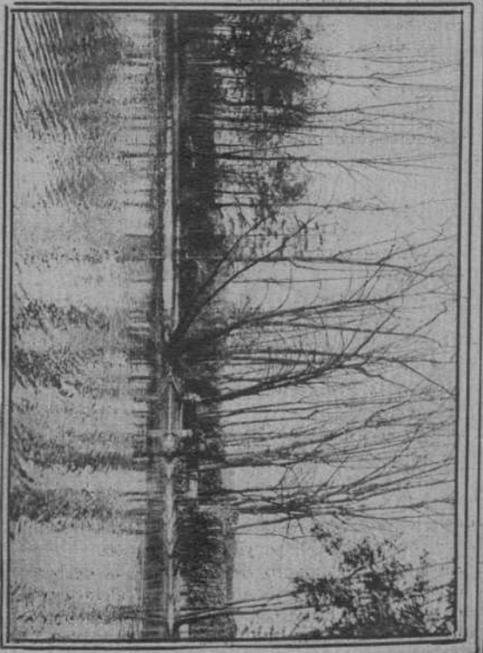
Terraza y jardines



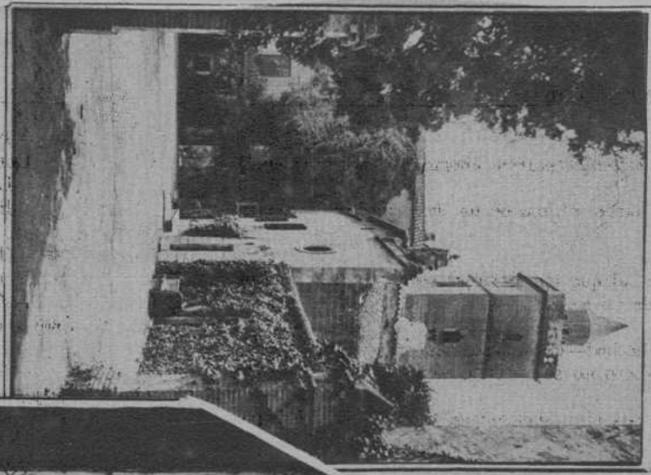
Uno de los aposentos



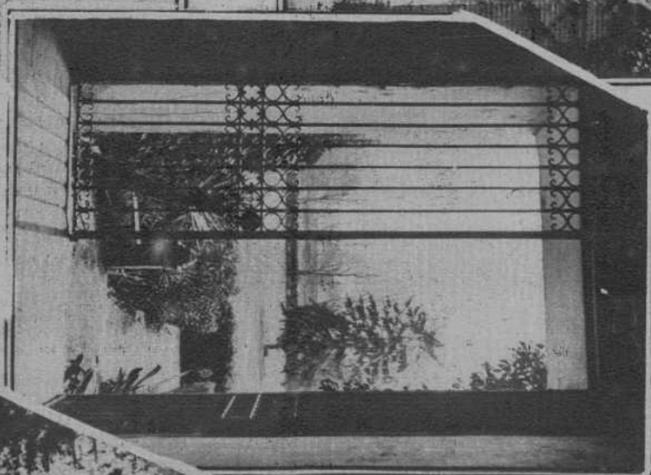
Mansiones señoriales CIUDAD - JARDIN, DEL CONDE EN SANTA PERPETUA DE LA MOGUDA.



El lago

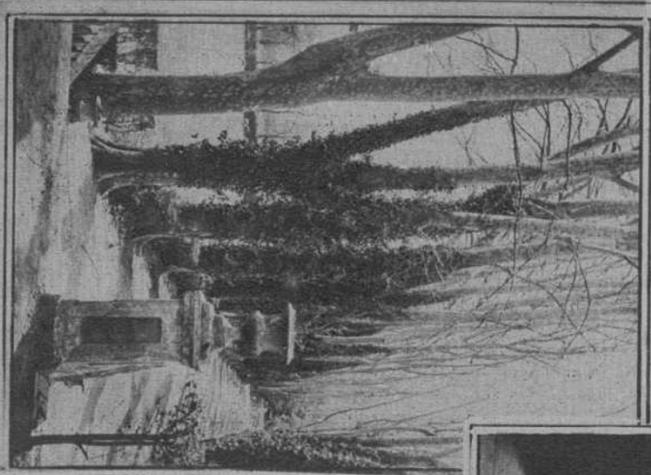


La finca

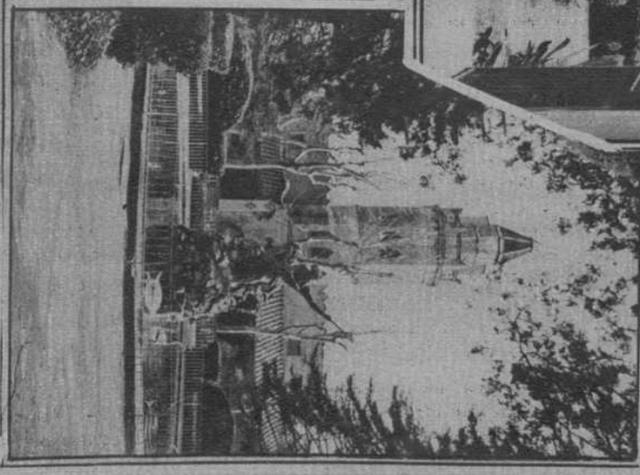


Entrada a los Jardines

(Fotos Vialta)

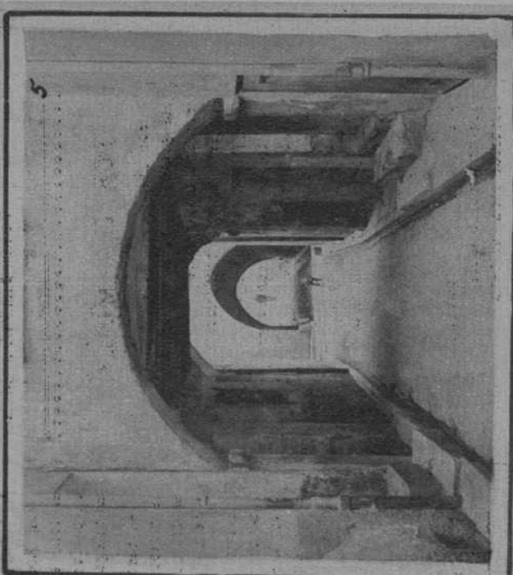
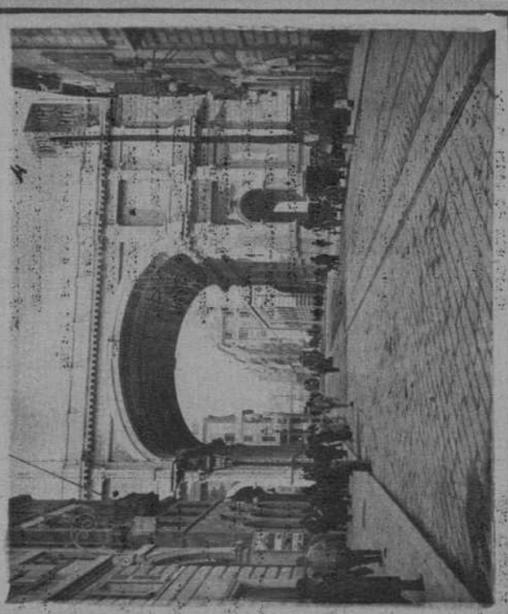
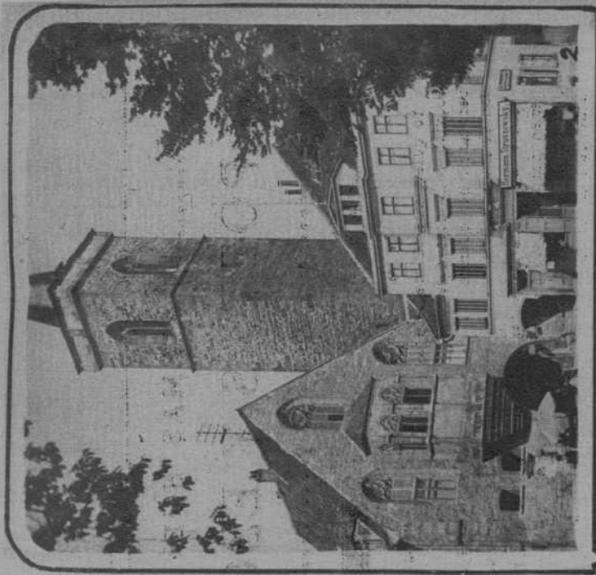
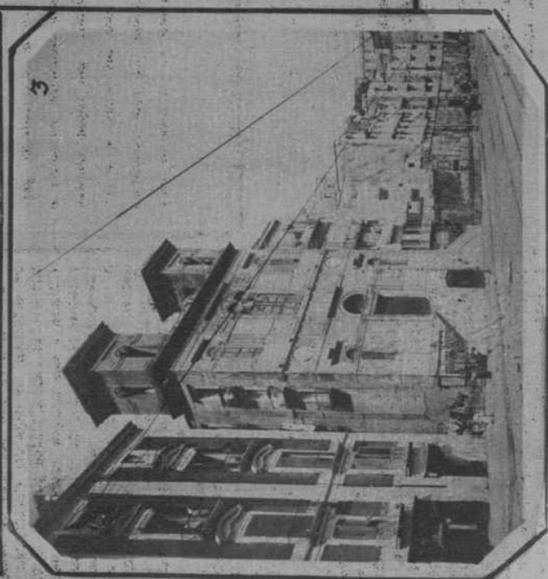
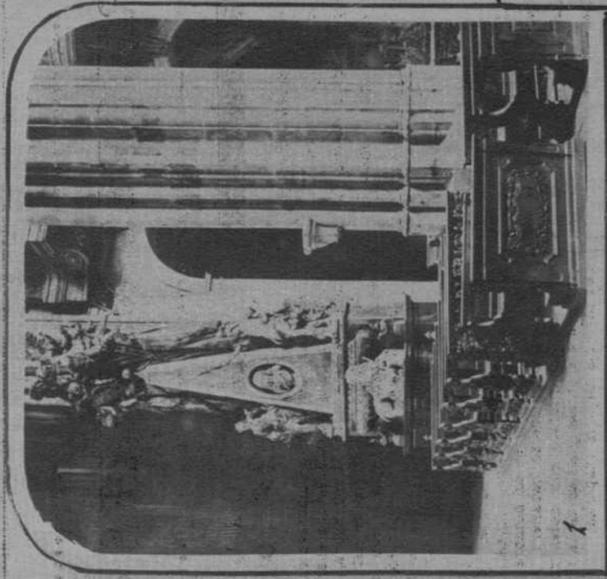


Una de las avenidas



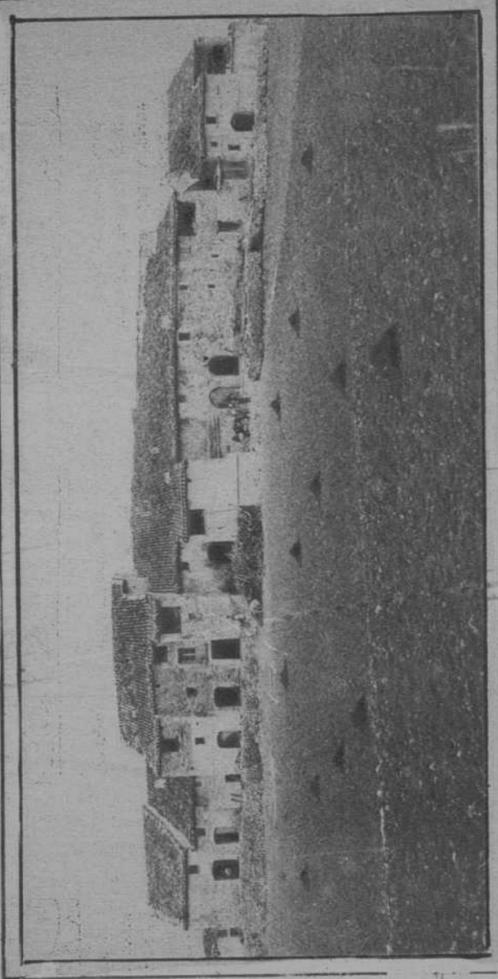
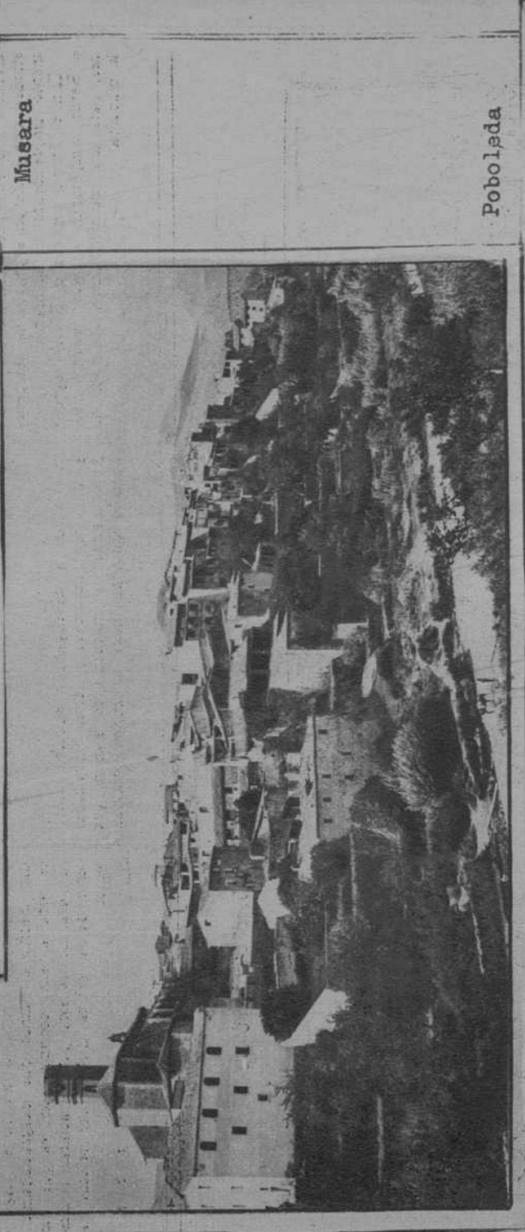
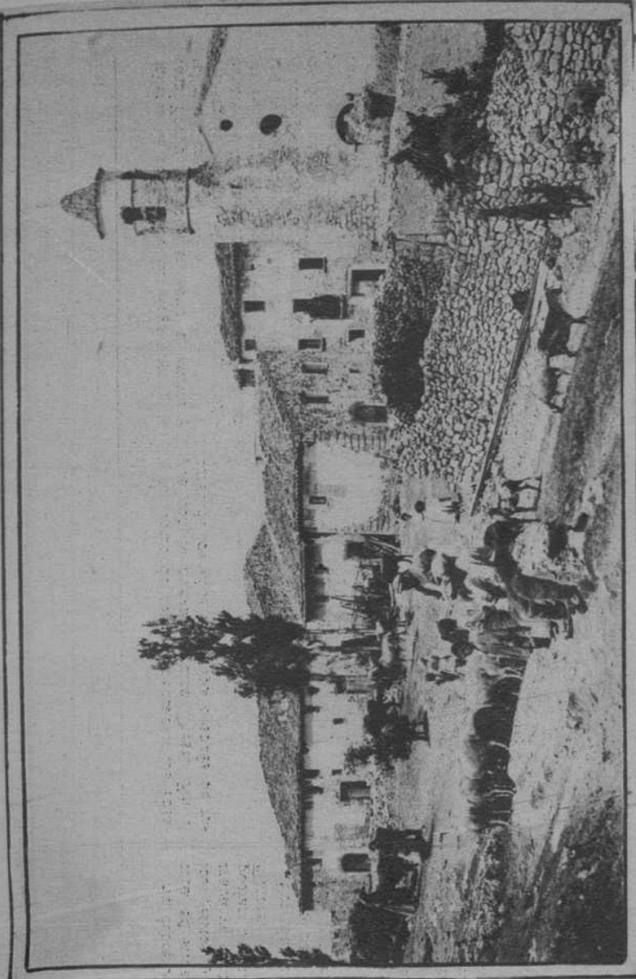
La fuente

◦ Cosmorama ◦



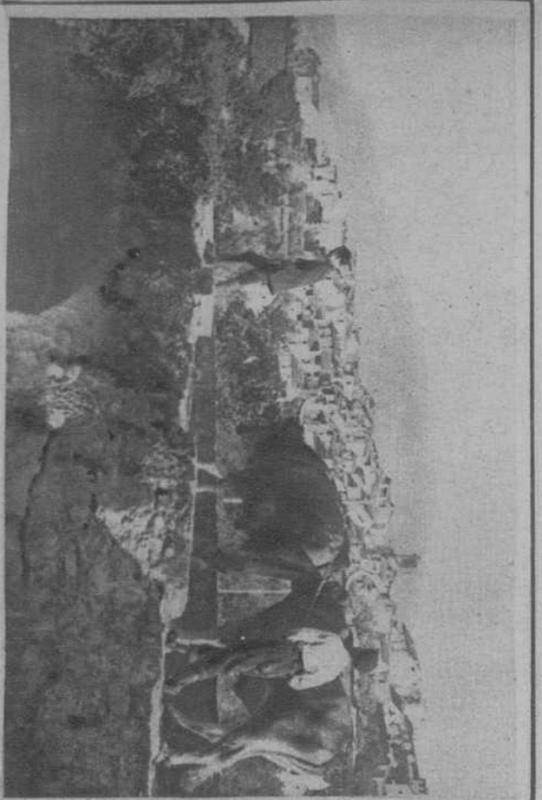
1. PRAGA.- Iglesia de St. Veits
2. ERFURT.- Iglesia de San Egidio
3. NAPOLES.- La Immaculada
4. GENOVA.- Calle de Septiembre
5. ANTIBES.- Calle de los Arcos

Las
pequeñas
aldeas
catalanas



Gallicans
(Fotos Vallvé)

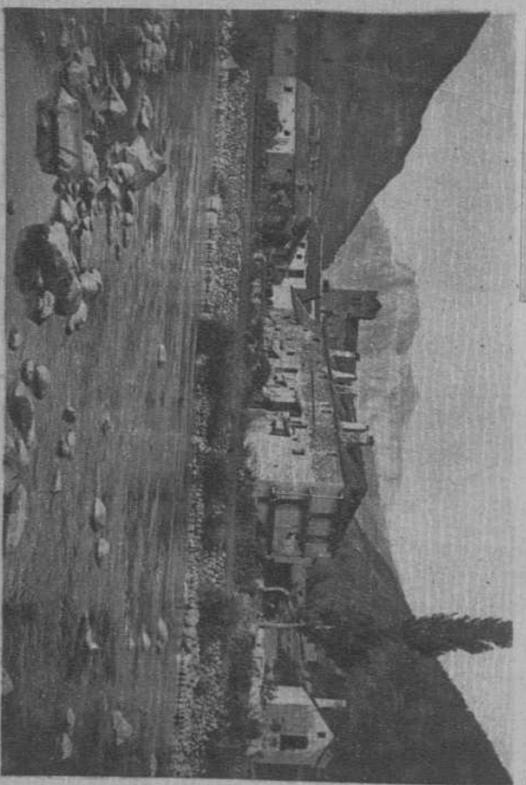
ORDESA, PARQUE DE ARAGON



Boltaña abre la puerta de Ordesa y Bujarnelo



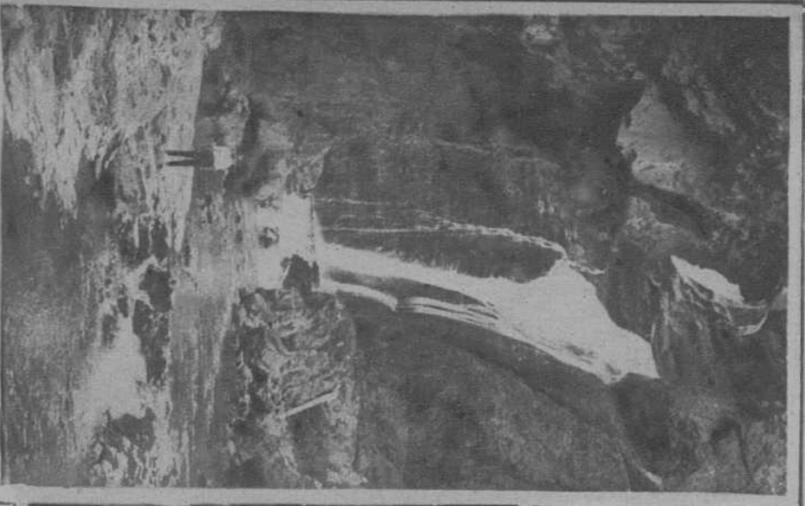
Sarvisé, en el umbral de Ordesa, muestra ya sus encantos patriarcales



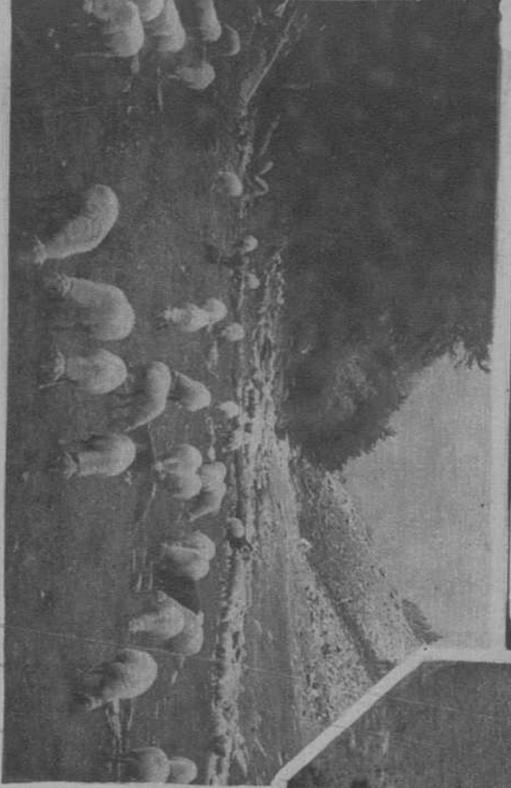
Broto, antecámara del parque nacional



Un aspecto de Broto



La cola de caballo de Ordesa a Soaso

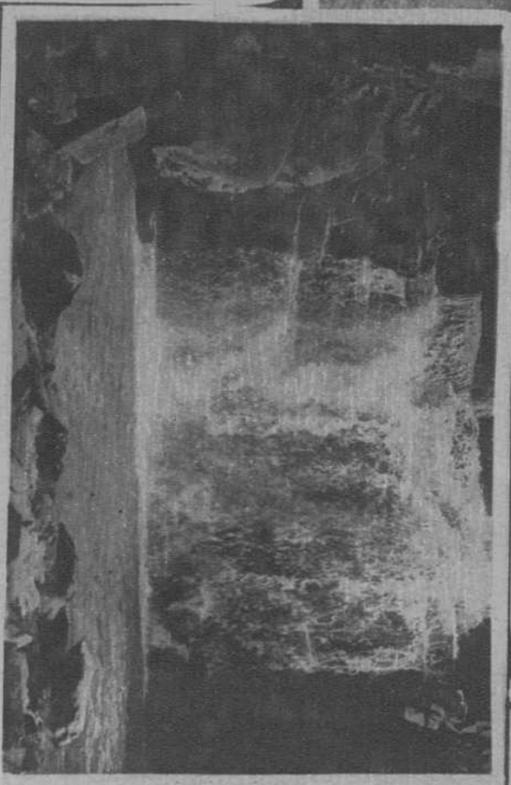


Y en el remanso de Soaso, a mas de 2000 metros de altura, el reposo parece absoluto.



Ya en pleno valle de Ordesa, donde tan util es una buena caballería.

(Fotos Grañulla)



Blondas de espuma en las cercanías de Soaso.

LA HERMANA ROSARIO

POR PEDRO DINAZO MUÑOZ

ILUSTRACIONES DE TERRUELLA



interpeló a Ramón, que así se llama, como sabéis, el sargento a que me refiero, y por la forma de responder a mis preguntas adquirí el convencimiento de que él podía darme las noticias que tanto deseaba. En efecto: púsose al corriente de todo. La conocía bien y sabía su historia. Le invité a que me la contase, y él, haciendo galas de erudición, se expresó en estos o parecidos términos:

Carita de Santa; carita de Virgen es la suya, ¿no es verdad, mi teniente? Pues siempre la tuvo. Y ahora es Santa, porque Dios ha querido poner en su alma raudales de intensa ternura, y es Virgen porque su cuerpo niño está limpio de todo pecado y porque su corazón, abito de bondades, no conoce la maldad ni el fingimiento. Esa es la hoy Hermana Rosario. Esa era Rosarillo, cuando yo la conocí.

Las moctas del barrio, casi todas, enviaban sus prendas morales, encubriendo su envidia con frases que querían ser de burla y eran de despecho. La miraban pretendiendo dar sensación de indiferencia. Pero, a su pesar, ponían de manifiesto la mala voluntad que le tenían y que ella no merecía ciertamente. Nada podían reprocharle y, sin embargo, casi la odiaban; para todas tenía una amable frase o una cariñosa sonrisa. No obstante, no la perdonaban... aunque nada tenían que perdonarle. Era, según ellas, una niña cosa que, con vencida de que su cuerpo no podía hablar a los sentidos, había buscado y hallado el modo de hacerse interesante.

todos a sacuchar al que tomaba la palabra. Clemente se expresó así:

—Oe anticipo que no guardo rencor a la ingrata, sino que, muy al contrario, su recuerdo me enorgullece, porque cuento con su amistad y la amistad de una mujer vale mucho cuando es verdadera.

Arrojó la punta de su cigarrillo y prosiguió:

—Fue una Hermana de la Caridad... —¡Oh! ¡Ah! —interrumpieron a coro los compañeros.

Clemente miró a unos y a otros demandando silencio y siguió:

—En el hospital de sangre a donde me llevó mi última herida, la conocí. Me enamoré perdidamente de ella, y aunque no llegué a declararle verbalmente mi amor, mis ojos le dijeron más, mucho más, de lo que mis labios, tan de buena gana, hubieran susurrado a sus oídos. Ni yo se lo dije de palabra, ni ella, por consecuencia, me rechazó de viva voz. Fue su actitud, su gesto de cariñoso reproche lo que yo traté de recibir con todas las de la ley.

Adiviné que aquella mujer pequeña tenía una historia grande y procuré vencerme de ello, lográndolo, al fin, cuando menos lo esperaba.

Era en los días de mi convalecencia, y paseando una tarde por la sala en que me alojaba observé que la Hermana Rosario hablaba en el pasillo con un sargento de nuestra compañía que también cayó herido el mismo día que yo. Cuando ella se alejó

En la refectoria Mendizábal me acompañó a alojarse a la oficialidad de la 4.ª del 3.º, como entre ellos se denominaba. Se encontraban reunidos el capitán Ramos y los tenientes Ruiz, Lopez y Clemente. La fatiga y el cansancio—aparte de las intensas emociones—que en ellos debían haber producido las incidencias de la operación llevada a cabo aquel día, no les restaba ánimo ni humor de bromas, como lo demuestra el hecho de que todos, a propuesta del capitán Ramos, se habían comprometido a relatar sus descabecados amores, sus calambazas, como calificaba aquellos fracasos el teniente Ruiz, que en aquel momento terminaba la relación de su caso, relación que había sido acogida con francas y ruidosas carcajadas.

—A usted le toca, teniente Clemente. Venamos, buen mozo, si la sangre perdida a consecuencia de su última herida se llevó el recuerdo de desgraciados amores. Le ha llegado el turno y seguramente no hemos de perdonarle si calla.

—No callaré—respondió Clemente.

—Luego, ¿has recibido calambazas?—inquirió el teniente Ruiz.

—Lanto como recibirías, no; pero las he presentido, y esto, para el caso, es absolutamente lo mismo.

—Veamos, veamos que la cosa prometa—intervino otro de los oficiales.

Buscaron mejor acomodo en sus duros asientos; cecharon mano a sus petacas los unos, reemprendieron el ataque a los cigarrillos los que ya fumaban y preparáronse

Don Luis estaba pálido como un difunto. Varias veces intentó hablar; pero el temor parecía ahogar sus palabras en la garganta.

—¿Quién entró en el cuarto la tarde última de mi enfermedad?—volví a preguntar.

—Sólo él—me respondieron.

—Tú, Rafael—añadió, dirigiéndome al que me sirvió el contraveneno—, ¿qué fue lo que encontraste a la cabecera de mi lecho?

—Un veneno—dijo.

—¿Ah! ¿Deseas vengarte? ¡Bien hecho!—exclamaron los demás.

—Si quiero vengarme—les dije—pero no soy villano ni traidor. Nos batiremos, y sea lo que Dios quiera.

Todos quedaron en silencio; pero sus ojos, tenazmente fijos en los míos, parecían rechazar mi pensamiento.

El más audaz de ellos dijo al fin:

—A los asesinos se les mata por la espalda.

—No, no; yo no os pido consejo, por más que lo agradezca, sino ayuda.

—En ese caso, cuenta con nosotros.

Don Luis respiró.

—Pues bien—les dije—, abandonad por un momento el hospital y seguidnos, pero no os urge terminar este asunto.

—¿Tienes armas?

—Saqué del bolsillo el puñal, lo arrojé sobre una mesa, y les dije:

—No; pero vosotros me proporcionaréis un par de pistolas.

—Yo tengo—interrumpió uno de los cuatro—pero hay una dificultad.

—Habla.

—Que la noche es oscura y no se destacarán las figuras a diez pasos de distancia.

Aquella reflexión me detuvo.

Pensé un momento.

—¡No importa!—exclamé.

—¿Que no importa?

—No, queridos: tomaremos dos de los farolillos con que se alumbraban los mezos durante la noche, los suspenderemos por medio de una cuerda a la altura de nuestro corazón, y la Providencia hará lo demás.

—Mi idea les aterró.

Don Luis alzó la frente con altanería, y confiando sin duda en la destreza de su brazo, me insultó con una sonrisa compasiva.

... ..

Poco después, los seis abandonábamos el hospital, llevando la caja de las pistolas y los faroles que habían de servirnos de blanco.

Marta, Claudio y el desamparo de este niño, la deshonra impune de aquella madre, todo acudió en tropel a mi imaginación calenturienta.

En silencio todos, nos dirigimos al Canal, deteniéndonos, antes de llegar al segundo molino, en el plantío de los chopos.

Rafael encendió uno de los faroles, y cargó en presencia nuestra las pistolas. En seguida, y sin darnoslas, encendió el otro.

—No hable usted fuerte; en estos casos todas las precauciones son necesarias. Don Luis se sentó a mi lado, diciéndome:

—Le traigo a usted lo convenido.

—Bien.

—¿Y las señas del hijo de...?

—Tome usted el pasaporte. Se llama usted don Baltasar Ibarra. Y me entregó un papel, que yo guardé.

—Aquí, en este pañuelo—continuó—van envueltos ocho mil reales de oro. Soy a usted dos mil reales más de lo que me ha pedido.

—Es usted demasiado bueno conmigo.

—Voy a darle además un consejo: usted es joven; América, aunque muy explotada, es más rica que Europa; procure usted hacer fortuna. Los que cruzan el gran Océano sólo deben volver al viejo mundo con el porvenir asegurado.

Don Luis estaba sentado a la parte del convento, dando la cara al antiguo camino de Vallecas. Yo, a la parte de Madrid, a su lado, de modo que su brazo derecho rozaba con mi brazo izquierdo.

Creí oportuno terminar aquella escena.

Estábamos completamente solos.

Era llegada la hora de dar el golpe.

Rodeé su cuello con mi brazo derecho, en señal de tierna despedida, procurando arrimar todo lo posible su cuerpo al mío, y entonces subí rápidamente mi mano hasta tropezar con su boca y se la tapé, para que no pudiera gritar, diciéndole:

—¡Miserable, has caído en mis redes! ¡Has querido envenenarme, pero soy agradecido y vas a morir!

Don Luis exhaló un gemido, porque mi mano estaba sobre su boca como una mordaza.

Entonces sacudió ferozmente la cabeza, para librarse de la presión de mi brazo, y exclamó:

—¡Yo... yo... no... Alejandro!

—¡Tú! Pero ha sonado la hora de la venganza, y morirás.

Mientras decía esto, mi conciencia parecía acusarme de la acción que iba a cometer.

Para ser justo debía ser traidor.

Esta reflexión me detuvo, y pareció adormecer por un momento mis deseos de sangre.

Don Luis estaba convulso, trémulo, aterrado.

Se estremecía todo su ser, como una tímida oveja que siente arrollados a su cuerpo los anillos de la serpiente.

—¡No me mate usted, Alejandro!—exclamó al fin con medroso acento—. ¡Soy inocente!

Guardé silencio para ver hasta qué punto llegaba la desvengüenza de aquel miserable.

—¡Sí, inocente!—continuó con más aplomo, a medida que se sentía más desahogado de mi brazo—. De otro modo no hubiese venido aquí, ni le traería, como le traigo, el oro y el pasaporte, en prueba de mi buena fe. Sin duda, me han calumniado... me...

No le dejé concluir.

—¡Mientes, canalla, mientes!—exclamé con voz entrecortada por la ira—,

Las frases burlescas eran muy frecuentes: —¡Si es tan segura!

—¡Con menos pelo que una hocha vieja!

—¡Parece mentira que Rafael se haya enamorado de un bastón!

Estas frases y otras parecidas le seguían. Y era cierto, Rafael, el mozo más formal y más bueno del barrio, por quien



Las 'candelitas', de esas candelitas anuales de la Virgen de San Juan, a las que precisa reconocer la doble misión de divertir y de destruir los innumerables microbios albergados en los viejos y variados objetos desahuciados al sacrificio cual condenados a la hoguera por aquella Santa Inquisición de infame memoria.

No se manifestó en ruidosas explosiones el intenso dolor de la herida. No. Silenciosas lágrimas resbalaban por sus mejillas y, cuando quisieron, sin oponer la más leve resistencia, abandonó aquel lugar, teatro, a la vez, de su mayor alegría y de su más mayor dolor: de la alegría de vivir amando y del dolor de morir para el amor, en tan brusca transición que, anonadado, parecía dejarla insensible al sufrimiento.

A partir de aquel día aconteció la travesía de Rosarillo, hermanándose con su resignación, y acabó por hacer conocer a sus familiares el decidido propósito que había tomado de ser Hermana de la Caridad, con lo que, así lo afirmaba, podría hacer el bien recibiendo al propio tiempo.

Estos propósitos fueron una realidad en plazo no lejano, y... ahí la tiene usted, mi querido lector—terminó Ramoncillo—haciéndome ver que ella se acercaba.

Me hizo perfecto cargo de la abnegación de aquella mujer, cuyo pecho cargado para siempre, muy a su pesar, para el amor de amante, abriéndose de par en par para el amor de los amores, para la Caridad. Entonces le ofrecí mi amistad y la acepté gozosa. ¿Quién sabe—no lo toméis a presunción mía—si ofrecía en aquel momento un nuevo sacrificio a la memoria del federal Y, desde entonces, somos muy buenos amigos. Por eso os dije al empezar que no lo guarde rencor.

Y—terminó Clemente—esta es la historia de la Hermana que, sin dármele, me ha dado calabazas y cuyo recuerdo inundó mi alma de dulces impresiones, poseyendo en el cariño con que aquella santa mujer me trató durante mi estancia en el hospital, estancias que, gracias a ella, me pareció corta y que recuerdo con dulzura.

Callaron todos y aquel silencio auguró que como una ofrenda en holocausto de la virtud, de la caridad y del sacrificio del amor por el amor mismo.

(De nuestro Concurso de Cuentos)



—Por qué no sabes contar sino hasta nueve?

—Para ser lo que quiero ya tengo bastante.

—¿Y qué quieres ser?

—Arbitra de bozcos.

muchas de ellas suspiraban, no se ocultaba para decir que la quería. Sentía por ellas, más que cariño, veneración. Las palabras atrevidas que a otras mozas no tenía reparo en dirigir convertíanse en monoteísmos cuando junto a Rosarillo se hallaba. Hacíase el propósito de hablar claro al día siguiente y, llegado que era... conocíase nuevo plazo, razonando como Dios le daba a entender.

Al fin llegó la hora. Habló a Rosarillo y contó sus amores. Ella le escuchó con calma, sin un gesto. Lo esperaba y lo deseaba, porque también ella le quería. Había adivinado con seguridad propia de mujer y estaba segura de verse requerida.

Empezó el idilio y los días y las horas transcurrieron felices para los enamorados que, abstraídos de todo, sólo vivían para su amor.

Mas la fatididad no quiso que aquella felicidad fuera duradera y surgió la tragedia con el ímpetu brutal de lo imprevisible.

Fue en una noche de junio. La atmósfera, aún caldeada por el sol, ya lejano, hacíase casi irrespirable debido al denso humo de

Ni uno solo de los vecinos de la casa faltaba a la reunión. Las sillas, formando un círculo de acera que constituía el frente del edificio. Allí estaban también Rosarillo y Rafael. Transcurrieron horas, que para ellos fueron minutos, y ya se disponían a despedirse, irradiaando de sus ojos mudas caricias, cuando cruzó la calle un borracho, un loco, un degenerado, cualquier cosa menos un hombre, que, en su estado anormal, dirigió unas obscenas frases a Rosarillo. Quiso defenderla Rafael rechazando al importuno, pero éste a nada le dio tiempo. Sin que nadie pudiera evitarlo, un cuchillo se clavó, hasta el mango, en su pecho. Huyó el criminal corriendo tras él los hombres; gritaron las hembras. En el escenario de este drama pudo verse a un hombre en tierra y a una mujer arrojada a su lado, haciendo de enfermera cariñosa y pretendiendo restañar, con el bordado pañuelo que arrancó de su cuello, la sangre que, a borbotones, se escapaba de la herida abierta en aquel pecho que pocos momentos antes palpitará a impulsos del más sagrado de los sentimientos: el del amor.

CAPITULO VIII

El último suspiro

Uacista continuó su narración de esta manera:

—Nada podía hallarse en más perfecta consonancia con los planes de muerte que la presencia de aquel hombre me inspiraba, que el silencio solemne y pavoroso del hospital.

Cuando después de atravesar sus anchas galerías penetramos en las salas para buscar a mis compañeros, sentí que don Luis temblaba, no sé si de miedo o de aprensión.

Su olfato, delicado como el de una dama, tal vez percibía demasiado los deleznables miasmas de la muerte.

Verdad es también que a otro cualquiera menos acostumbrado que yo a morar día y noche en estos asilos de la orfandad, el dolor y la desgracia, debía imponerle su aspecto.

—¡Es verdad, Alejandro—añadió Ecequiel—que aun no he podido olvidar el doloroso día en que nos conocimos por primera vez.

Uacista cerró los párpados un momento, para contener una lágrima.

—¡Pobre Marta!—murmuró con voz lenta y dolorosa—. ¡Dios la tenga en su santa gloria y me permita velar por su hijo hasta la muerte!

Después de este paréntesis, durante el cual una lágrima corrió por las pálidas mejillas de Uacista, y Ecequiel y Juan Antonio le envolvieron en una mirada tierna y compasiva, el primero continuó:

—Llegamos a la sala de los practicantes. Por fortuna, allí estaba el mismo que pocos días antes me había suministrado el contraveneno, y tres compañeros más, a quienes profesaba gran amistad y que conocían de vista a don Luis.

Al reconocerle y al verme con él a tales horas por aquellos sitios, lanzaron una exclamación de sorpresa, y me dijeron:

—¿Tú por aquí, Alejandro?

Y fijaron sus miradas en don Luis.

—Sí—respondí—. Os necesito, y como sé cuán verdadera es la amistad que me profesáis, no he vacilado en buscaros.

—Has hecho bien.

—Lo sé, y por ello vais a contestarme directamente a lo que os pregunte.

—Habla.

—Entonces agarré a don Luis por un brazo, y dirigiéndome a mis compañeros, les pregunté:

—¿Conocéis a este hombre?

—Sí—dijeron todos a la vez

LA CARIDAD CRISTIANA

Has pretendido envenenarme, y yo he deseado durante algunos minutos devolverte traición por traición, engaño por engaño. Pero ahora quiero demostrarte que soy generoso hasta con los infames, poniéndome a tu igual. Sígueme.

—¿Y para qué?—balbuceó con voz insegura.

—Sígueme—repitió—. Pero ten presente que al primer grito de alarma que salga de tu boca, hundiré en tu pecho este puñal.

Y le mostré el arma desnuda.

Entonces enlacé mi brazo al suyo, me levanté y le arrastré hacia la capital. La noche estaba oscura como su conciencia.

—¿Y había sombras?—interrumpió Juan Antonio.

Ecequiel desplegó una ligera sonrisa, y dijo:

—Continúe usted, Alejandro.

—Pues como os decía, la oscuridad era tan densa, que yo, temeroso de que don Luis hiciera una de las suyas, marchaba con extraordinaria precaución.

—Alejandro—dijo—, sin duda le han aconsejado a usted mal. Yo le profeso un afecto verdadero, y sólo deseo su felicidad. ¿Por qué me trata usted así?

—¡Ah, miserable!—interrumpió Juan Antonio.

—¡Y tanto!—continuó Uacista—. Pero sus lisonjas y satisfacciones me inclinan más a la venganza. Dispuesto a terminar para siempre aquella escena, apreté el paso, y cinco minutos después don Luis y yo entrábamos en el hospital.

—¿Qué venimos a hacer aquí?—me dijo—. ¿No es mejor que usted reciba mis sinceras protestas, y que emprenda su viaje, más productivo mil veces que las locas quimeras a que se entrega? Créame usted, Alejandro: si yo guardase hacia usted cualquier clase de odio, no hubiese acudido desprevenido a esta cita, donde podía terminarlo todo de una vez.

—No hablemos más, don Luis. El momento de mi venganza ha llegado, y aunque su conducta me ha dado motivo para matarle sin más explicaciones, ya ve usted que harto generoso soy con elevarle hasta mí, por medio de un duelo. Estamos en el hospital; en mi departamento tengo a todas horas amigos, y ellos nos padrirarán. Es necesario que muramos uno de los dos.

—¡Sea!—me dijo, recobrando su serenidad, como si confiara en la victoria. Grande era el valor que me prestaba la justicia; pero no sería franco si ocultase que ante la audacia de aquel hombre sentí helarse mi sangre y palpar mi corazón.

¿Será posible, me decía yo, que triunfe la iniquidad de la justicia, y que Marta, si Dios la ha perdonado ya, no me ayude en la contienda?

¿Será posible que la fortuna le proteja hasta el punto de que triunfe, quedando muerto yo y desamparado Claudio para siempre?

Tanto me martirizó esta idea durante algunos instantes, que sentí remordimientos de no haber llevado a cabo mi primera intención. ¡Dios me la perdone!

También es fácil, continuaba, que me hiera y se fugue donde el rayo de mi venganza no le pueda alcanzar.

—¿Y sucedió así?—preguntó Juan Antonio.

—Casi estoy por afirmarlo—dijo con profundo resentimiento Ecequiel.

—La Providencia era mi único consuelo—murmuró Uacista.

É hizo una pausa, durante la cual se bebió una copa de coñac; y dijo:

—Oid.

Los dos amigos redoblaron su atención.



Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

¿Qué es tu novio?
(Por S. M. G.)

Fórmula

Flor japonesa

Barrio barcelonés
(Por SIRAX)

Liga Anti-za bios

Liquidación
(Por S. M. G.)

RE 25 ptas. metro
50 cts. uno
D 4 duros palmo

Diosa mitológica
(Por ISABEL VELASCO)

iiii
iiii

Tarjeta
(Por AMALIA D. CH.)

Carmen Soles de Gandara

Combinar las precedentes letras de modo que formen el título de una novela de don Armando Palacio Valdés.

Charada
(Por ANTONIO PERICH)

En la iglesia, dos primas;
tercera-cuarta, en los problemas,
y si el todo no lo usas,
no serás hombre de letras.

Logogrifo numérico
(Por TERESA Y MANUEL NOGUERAS)

1	2	3	4	5	6	7	8
1	2	6	7	3	4	Juguete	Hombre de varón
5	7	1	4	3	Hombre		
6	7	1	7	Mueble			
5	4	3	Bebida				
5	2	Nota musical					

¿Qué nombre lleva tu hermano?
(Por CARMEN GABRE FONTBOYER)

NOMBRE DE MUJER

Mineral
(Por VICENTE FERRER)

Establecimiento TA

¿Dónde fué derrotado
Carlo Magno?
(Por GAVILAN)

BE CB CDA
Josafat Lágrimas

Frase histórica
(Por CATALINA CASTELLO)

X región española **X** animal ferroz
REVISITA ILUSTRADA

Vestíbulo ó Gran navegante

De sangre azul
(Por JACK)

Muerto Helado

(Las soluciones en el número del marzo).

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número de ayer:
Frases: «El llanto, sobre el difunto».
¿Cómo te llamas, monini? Teodoro.

Nota.—El comprimido titulado «Desaten- ción», que publicué días pasados, es ori- ginal del señor S. M. G.

Acuse de recibo

Loptos.— Ahí va del gran «Loptos» una interrogación. Contesten los que tengan sean grandes o chicos — ¡y así todos convengun- clara imaginación.

Sirax.— Su «Barrio», gran «Sirax» mostramos hoy su ciencia... (Estoy en plan de más. ¡ma benevolencia!).

S. M. G.— Perdona que le añada título al comprimido. No se perderá nada. Será más comprendido... ¡No le parece a usted, señor S. M. G.?

Antonio Perich.—En prosa vil, le diré a usted que como su charada está bien, la publi- cado haciendo uso de mi libérrimo derecho a hacerlo.

Isabel Velasco.—También, linda Isabel, su comprimido es una cosa muy seria. Lo fe- licito.

Amelia D. Ch.—Ya he dicho una enormi- dad de veces, que no me gustan demasiado las «tarjetas». Pero también he resultado siempre que he acabado publicándolas. ¿Iba a hacer una excepción con usted, adorable Amelita? Claro que no.

Teresa y Manuel Nogueras.—Les he salido a ustedes muy bien la colaboración. Ten- bión, que ahí tienen ustedes su logogrifo, para admiración del universo inundo.

Carmen Gabré Fontboya.—¡Me perdona que haya tenido el atrevimiento de corregir un poquitito su «comprimido»? ¿Verdad que chi, que chi, que chi?

Vicente Ferrer, «Gavilán», Catalina Caste- lló y «Adako».—Hagan ustedes suya la pre- gunta que formuló a la señorita Carmen Ca- brená, y no me cabe duda de que, como ella, sabrán perdonar mi intervención.

NOVEJARKYN

Páginas infantiles



Si se consigue sacar ochenta polluelos de cada «en huevos, se puede dar por satis- fecho el criador de faisanes, pues hay que cuidar muy bien las crías para que den un evidente resultado.

El faisán común, por mucha que sea su belleza, no puede compararse con las espe- cies que viven en el Extremo Oriente, co- mo el «faisán plateado, de elegantísimo plumaje de plata jaspeada de azabache, que los antiguos mandarines chinos lo llevaban bordado como emblema en sus vestiduras; el «faisán venerado», de cola larguísima, fajada transversalmente de blanco y negro, o el hermoso «aisán cispreo», propio del Japón; el «faisán dorado», con su moño de color de ámbar y su collarín o muéca de un amarillo de oro con bandas negras; el «faisán de Borneo», en cuyo plumaje do-



HISTORIA NATURAL

EL FAISAN

«El faisán común», es indígena de la an- tigua Cólquide, junto al Mar Negro, pero introducido como ave de caza en casi toda la Europa occidental.

En la Gran Bretaña, donde hoy es muy común, se encuentra perfectamente aclima- tado desde el siglo XI, por lo menos.

Una raza de la misma especie que vive en China, el «faisán de collar», se trajo tam- bién a Europa en 1785, y hoy la mayoría de los faisanes que se ven en los cotos y parques europeos son mestizos de las dos razas.

La cría de los faisanes en esta condi- ción semisalvaje, es costosa y delicada, pues en nuestro país, que en Francia y en Inglaterra hay que ayudarse a criar, por- que de lo contrario, es probable que no se consiguiera sacar ni un solo pollito.

Para obtener cada temporada las crías necesarias de esta ave, de carne tan exquisi- ta, se pueden hacer dos cosas: o recoger después de las tiradas el mayor número po- sible de faisanes y unos cuantos machos y encerrarlos en grandes pajateras de tela metálica para que pongan allí o dejarlos poner en libertad y buscar algo los nidos por el monte.

En el primer caso hay que echar un macho por cada seis hembras, y poner en el suelo de la pajatera montones de ra- mas, porque los faisanes siempre anidan ocultos entre matorral espeso. Si se pre- fiere que aniden en libertad, hay que em- plear una porción de hombres y chicos, que durante la noche recorran el monte dando palos a los árboles o haciendo otros ruidos parecidos para mantener a respetuo- sa distancia a los zorros, garduñas y otras alimañas, que sin esta precaución acomete- rían a los faisanes, que, como todas las ga- linaáceas, ponen en el suelo.

Los faisanes empiezan a poner en abril y mayo, y ponen veinte o treinta huevos. Apenas verificada la puesta, hay que reco- ger los huevos y entregarlos a los cuidados de unas cuantas gallinas elucacas, porque la faisana es muy mala madre y abandona fá- cilmente su pollada, y en cuanto al macho, ni siquiera, por un momento, se / de ella.



GALERIA DE HOMBRs CEREBRs

RODOLFO DIESEL

De los hombres de ciencia cuyos nom- bres están ligados a la historia del motor de combustión interna, Rodolfo Diesel, quien al finalizar el siglo XIX, llevó al punto más alto de perfección el invento, es el que excita mayor interés.

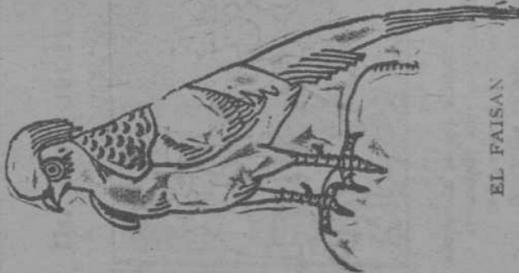
Rodolfo Diesel, hijo de padres alemanes, nació en París, el 1858, en donde residió hasta la edad de doce años. Al comenzar la guerra franco-prusiana de 1870, el padre de Diesel decidió trasladarse a Londres en- viando a sus hijos a unos parientes que tenía en Augsburg. En esta ciudad fue donde Rodolfo empezó a estudiar, hacién- dolo más tarde en la Escuela Superior Téc- nica de Munich, bajo la dirección de dos conocidos hombres de ciencia, Schrollter y Lindé; fundador este último de la moder- na industria hullera.

En 1879, consiguió Diesel una plaza de auxiliar, y después de haber estado emplea- do en la casa Sulzer, de Winterthur, el fu- turo inventor se consagró del todo a las empresas de Lindé, permaneciendo algún tiempo en París, y más tarde en Berlín. Rodolfo, había comenzado a ocuparse de un gran plan cuya primera idea se le ha- bía ocurrido en 1878, cuando a la edad de veinte años, asistió a unas conferencias del profesor Lindé sobre la teoría del calor, que hicieron fortísima impresión sobre Die- sel, estimulándole a buscar el camino que le condujera a la cumbre de su ideal.

Al principio depositó Rodolf su confian- za en el empleo del gas amoniacal, en lu- gar de vapor de agua. En la fábrica de Lindé que Lindé tenía en París, montó su laboratorio para investigaciones y ensayos en esa dirección. Después de realizar algu- nos experimentos abandonó esos planes, y en su lugar empezó a trabajar en un pro- ceso especial de combustión, por el cual el combustible, poco a poco repartido en una forma fina, debía pasar por una atmósfera muy comprimida y calentada, y por medio de su combustión, hacer que la atmósfera se dilatara de tal modo que la mayor par- te posible del calor se convirtiera en ener- gía.

En 1893, Diesel publicó un breve traba- jo denominado «Teoría y construcción de un motor racional de calor», en cuyo es- crito expuso y declaró su idea, puramente teórica.

La publicación del pequeño opúsculo suscitó muchas críticas, casi todas ellas desfavorables y antiquadoras. Tan sólo tres hombres de ciencia elogiaron el escri- to: Lindé, Zener y Schweter. El juicio de estos tres profesores animó a Diesel a pro- seguir en el desarrollo de su idea. Gracias al apoyo de los tres hombres de ciencia, los



EL FAISAN

minan los matices rojos y cuyas especies viven en el archipiélago malayo, notable especie de la Mandchuria; y, por último, el «faisán real», de los bosques de Hima- laya, el más hermoso de toda la especie por su plumaje, que ofrece los brillantes matices del oro, del bronce y de la púrpura, todos ellos con un intenso brillo metá- lico. Esta preciosa ave, habita a veces has- ta tres mil metros sobre el nivel del mar, siendo casi imposible darle caza.

B. S. N.



talleres de maquinaria de Augsburg y la casa Krupp, tomaron en serio el asunto y fallaron ensayos.

Después de una serie de trabajos preliminares, el 10 de agosto de 1893, Diesel, en presencia de un amigo, vertió por primera vez combustible (benzina) en el depósito, y con gran tensión de espíritu esperaron los dos que sucedería. Su expectación pronto quedó rota, por una violenta explosión que dejó el indicador hecho añicos; pero el motor, que había sido construido con existencia de un cañón, no sufrió ningún daño, alegrándose de que, como habían previsto, ocurriera la inflamación por el calor formando el aire comprimido de los cilindros. En días sucesivos, Diesel probó de nuevo el motor; pero no obstante ocurrieron nuevas explosiones, el motor no lograba mantener el movimiento. Un mes más tarde, tuvieron que ser suspendidos los experimentos, sin que de ninguna manera fuera posible poner en movimiento la máquina.

Con este primer fracaso, empezó para el inventor una serie de sufrimientos y vicisitudes, que pusieron a prueba su temperamento emprendedor e incansable. Con el ánimo deprimido, Diesel regresó a Berlín, empezando a trazar nuevos planes, para una transformación completa de la máquina.

En enero de 1894, comenzaban los ensayos con la nueva máquina Diesel. En el curso de los años 1894-1896, después de ru-



RODOLFO DIESEL

das luchas y desencuentros, Rodolfo consiguió vencer numerosas y serias dificultades y reconstruir su máquina, de manera que quedase apropiada para el empleo práctico.

En febrero de 1897, el motor Diesel estaba en situación de poder ser ensayado a los peritos, y algunos meses más tarde ocurría ya contratos con diferentes casas que pedían autorización para construir nuevos motores. Por fin, el invento de Diesel se había abierto paso y su máquina se imponía en todas partes, pues representaba un gran progreso en el mundo industrial. En los años que siguieron, trabajó mucho en la construcción de motores Diesel de poca potencia, y en 1908 intentó construir un carro movido por un motor suyo, cuyos excelentes resultados le hicieron concebir al inventor la idea de construir una locomotora movida por un motor de su propio sistema. En la noche del 29 al 30 de septiembre de 1913, cuando la gloria y la fortuna sonreían ya a Rodolfo Diesel, corrió la noticia de que el inventor, yendo a Inglaterra a bordo del vapor "Dresden", había desaparecido sin dejar rastro. En principio, todo el mundo se negó a dar crédito al rumor que, desgraciadamente, vino a tener confirmación, ya que, aun hoy día, no ha sido posible aclarar el misterio de la súbita muerte del célebre inventor. R. S. N.

Relato breve y curioso, de un país maravilloso



Cada día toda la roga y hecho todo el una soya queda al vajo unacorrido eompletamente carabido.



Un hombre que se humedece, no hay duda que demarece, y ante su hija, la verdad es que pierde autoridad.



Y como está hecho un boludo autoriza al matrimonio de su hija con el rey con arreglo a justa ley.



Al saberse, el notición causó gran satisfacción y en Janja fueron dispuestas grandes y sonadas fiestas.



Por ciudades y concejos anunciaron las fiestas y una juerga continuada tuvo a Janja alborozada.



A punto que veía toda aquella algarabía reía la jugareta armada con su saeta.

POETAS Y ESCRITORES NOVELES

PARA TI

A la señorita J. C.

Yo quiero que tú me quieras poquito, muy poca cosa pero ansio ser querido con el amor de una novia.

Sin el amor que las flores tienen para su corola, ni el amor que un romano tenía para su diosa, sin el amor que la luna tiene para aquellas sombras que a todas partes la siguen y que nunca la abandonan.

Yo no quiero que me quieras como fragil mariposa quiere los raras colores de la bella flor acollada, ni como quiere el sediento del agua fresca, unas gotas para que apague su boca.

Yo quiero que tú me quieras poquito, muy poca cosa pero ansio ser querido con el amor de una novia. JUAN SALVADO BOCA

POR UNA MUJER

Por una mujer gocé las grandezas de este mundo; Por una mujer noté un sentimiento profundo.

Por una mujer canté mis trovas y mis canciones; por una mujer pasé reveses y humillaciones. Por una mujer jugué fortuna, y hasta la vida; por una mujer dejé mi pobre madre querida.

Por una mujer maté y en penal sufrí condena; por una mujer sabré soportar toda mi pena. Lo que jamás no podré, ocultarle ni querer; más si el engreño llegara, sabré olvidar la mujer.

VICENTE CUNCHES

ENAMORADO

En un jardín florido he puesto mi amor porque en él está la Rosa más fragante y hermosa a la cual le rindo honor.

La Rosa que yo adoro es todo encanto y seducción su perfume penetrante embriégame de amor. Al beso suave de la brisa matutina se muestra fresca y lozana es del color de la grana y de belleza peregrina.

En su copa me ofrece todo un poema de amor y yo la rindo culto en un altar de pasión. SALVADOR SASTRE BICO Palma, 7-5-29.

MADRIGAL DE JUVENTUD

Fernando, Fermantido Calatrava como era conocido por sus íntimos, estaba enamorado. Linda era, en verdad, la muchacha, princesa de sus sueños juveniles de estudiante sueño romántico impregnado con las suaves delicias de una primavera, plenitud de ambiciones y deseos, amor intenso que hacía de sus almas trova inmensurable de los más delgados sentimientos.

Fernando vino del pueblo para seguir la carrera de Medicina. Sus padres, acomodados hacendados del pueblo, soñaban con ver a su hijo convertido en un hombre de provecho, en un perfecto caballero. Así terminó el Bachillerato con notas máximas que le abrieron las puertas de la Universidad bajo los mejores auspicios.

El contacto con sus nuevos compañeros de estudios, le dejaron vislumbrar nuevas horizontes desconocidos para él. Cuando envidiaba a sus amigos cuando los veía santamente cogidos del brazo de sus novias, lindas modistillas o estudiantinas como ellas. El no sería menos, tendría novia como los demás; y así fue aunque en detrimento de su personalidad estudiantil. Poco le importaba todo, era feliz amando, tan feliz como nunca se imaginó serlo.

Veloces pasaron los meses. Era la víspera de partir Fernando para el pueblo; dolor se imaginó que le causara tanto dolor el separarse de aquella mujer, que le había hecho sentir dulzuras nunca imaginables, llevando hasta su alma ignorante toda la ciencia del amor.

—¡Volterris!—pregunta ella, amorosa.—¡Pronto he de volver! bien sabes que no podría vivir sin tu cariño, sin el suave arrullo de tu voz cristalina, sentido eco de la vida feliz. Tú eres para mí el todo de mi existencia, el hábito embalsamado que da fuerzas a mi corazón. Pronto volveré al lado de quien con la dulzura de su pasión me ha hecho renacer a una nueva vida de encantos y alegrías sin límites.

Corre el tren veloz. Fernando, acurrucado en un rincón del vagón, ve con tristeza alejarse la ciudad que guarda su amor, estirando dorado de sus ilusiones. Sus pensamientos rápidamente derivan por otros derroteros, poblándose su frente de infinitos recuerdos. En su interior se desarrolla fuerte lucha: mas de pronto sonríe, saca un cigarrillo y mientras lo enciende murmura con la más sencilla naturalidad: —¡Bah, qué importa que haya perdido el curso si en recompensa he encontrado a la mujer más bonita de la tierra...!

Mientras, forjaba la mentira que conveniencia a su buen padre de la industria con el cometida al suspendido de todas las asignaturas. —¡Bah, qué importa que haya perdido el curso si en recompensa he encontrado a la mujer más bonita de la tierra...!

JEAN JOSE LOPEZ GIMENEZ

ECONOMIA PATERNA

—¿Cuánto cobrará por unos retratos de los niños? —Venite pagaste la media docena. —En este caso volviere el año que viene, porque todavía no tengo rñe que cinco.

El Día de Oro

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO ENVIO DE PAQUETOS